La princesa del pozo de sal

Por: Ramiro Andrés Dávila Oliveros.

Cuando Alejandro Gascón desembarcó en Cartagena de Indias en el año de 1783, traía consigo una carta de recomendación firmada por un virrey moribundo, un maletín de cuero con instrumentos quirúrgicos y el rumor de una pena amorosa que había dejado tres muertos en el puerto de Cádiz. Lo recibieron con una misa sin campanas —porque ese día la catedral estaba infestada de murciélagos— y le dieron una habitación en el convento de San Juan de Dios, con una hamaca rota y un balcón que daba justo al potro de tortura del Santo Oficio.

Cartagena era entonces una ciudad sitiada por sí misma. No por piratas ni corsarios, sino por el calor, los mosquitos, las supersticiones, las ratas, y la memoria. Una ciudad donde los pecados se pegaban a las paredes como humedad salobre, y donde el mar, con su olor a azufre y a luto, se empeñaba en devolver lo que los vivos querían enterrar. Fue allí, entre curaciones de hidropesía, partos de virreinas, y amputaciones a machetazos, donde Alejandro la vio por primera vez.

Sheriramanga…La traían arrastrada entre dos esclavos mayores, coronada con cuentas de coral y hueso, con los pies desnudos y la frente erguida como si estuviera entrando a su palacio. Nadie sabía de dónde venía con exactitud —unos decían que del reino Ashanti, otros de un pueblo desaparecido que hablaba con los árboles—, pero todos coincidían en que no era como las demás. Porque cuando llegó, los perros del convento ladraron durante siete noches sin parar, los mangos florecieron en pleno invierno, y un rayo partió la cruz de la iglesia mayor sin que hubiera tormenta. Sheriramanga no hablaba español, pero tampoco necesitaba. Con los ojos bastaba. Y Alejandro, que creía haberlo visto todo en las guerras napoleónicas, sintió por primera vez en su vida que no sabía absolutamente nada del mundo.

La historia fue creciendo como crecen los manglares: enredada, callada y peligrosa. Alejandro la curaba en secreto de las llagas del viaje, de la fiebre del trópico, del desprecio de los hombres. Y ella, sin decir palabra, le enseñaba a oír el mundo con los ojos cerrados. Le hablaba con gestos, con hierbas, con silencios largos como letanías africanas. Pronto, el galeno dejó de frecuentar a las viudas ricas que lo buscaban para curarse de melancolía. Cambió el vino por infusiones amargas y comenzó a escribir en su diario cosas que no comprendía: “Hoy soñé con un elefante blanco”, “La luna se escondió del patio”, “La sal me habla”. La ciudad empezó a notarlo.

La madre Balbina, priora del convento, juraba que la esclava tenía “el demonio en la sangre”. El padre Santiago Lobo —cura mestizo con ojo de vidrio y oído de espía— decía que en las noches la oía cantar con voz de hombre. Y don Basilio Acuña, escribano mayor, la denunció ante el tribunal de fe por “embrujar al galeno con sahumerios de lascivia”. Lo que no sabían es que no había brujería. O si la había, era de otro tipo. Una que venía de más lejos que Europa y más antigua que Cristo. Porque Sheriramanga era hija de la diosa Yemayá, princesa del agua salada, y había cruzado el mar no para ser esclava, sino para cumplir una profecía.

Se refugiaron en una casita abandonada en el barrio de Manga, donde las ceibas crecían torcidas de tanto escuchar secretos. Allí vivieron siete semanas que no fueron tiempo, sino hechizo: él cocinaba sopas de lagarto y ella bordaba peces en el aire con hilos invisibles. Hacían el amor como si estuvieran inventándolo. Y cuando dormían, soñaban el mismo sueño: un pozo de sal donde las voces del pasado hablaban desde el fondo con acento de agua.

Pero la ciudad no olvida. Y tampoco perdona. El virrey ordenó capturarlos. El Santo Oficio dictó condena. Y la gente —la misma que se persigna con cada rayo— empezó a murmurar que cuando ellos pasaban, los relojes se detenían, los perros se lamían las heridas y las mujeres sentían un ardor inexplicable entre las piernas. Fue entonces cuando apareció Altagracia de los Ríos, curandera de ojos amarillos, que vendía conjuros en las esquinas y aseguraba haber nacido antes del diluvio. Fue ella quien le reveló a Alejandro la verdad: —Esa mujer no

es tuya, ni de este mundo. Pero si la dejás morir, Cartagena jamás volverá a dormir.

El día del juicio, la plaza de San Diego estaba tan llena como en las fiestas de Corpus. A Sheriramanga la ataron a un palo con cadenas bendecidas en Roma. A Alejandro le dieron un uniforme de reo y lo obligaron a ver. Pero cuando el verdugo acercó la tea al aceite, el cielo cambió de color. Una nube negra descendió sobre la plaza. Las campanas tañeron solas. El mar se alzó como si respirara. Y del fondo del pozo de sal —ese mismo que había en la vieja casa donde se amaron— se oyó una voz que no era voz, sino trueno antiguo:

“Si cae una gota más de su sangre, Cartagena será sal por cien años.” El verdugo se desmayó. El virrey huyó en calzoncillos. La hoguera se apagó con una lluvia que nadie vio. Y entonces Sheriramanga desapareció. No huyó. No se escondió. Simplemente no estuvo más. Algunos dicen que se convirtió en pájaro, otros que volvió al mar. Pero desde aquel día, la ciudad no volvió a dormir tranquila. Alejandro Gascón murió veinte años después, ciego y loco, escribiendo cartas que echaba al mar sin dirección. El pozo de sal fue sellado con una lápida sin nombre.

La madre Balbina desapareció entre las murallas. Don Basilio se volvió mudo. El padre Santiago Lobo murió quemado en su sacristía con la lengua llena de sapos. Altagracia de los Ríos vive todavía. Tiene más de doscientos años y jura que Sheriramanga volverá cuando Cartagena tenga el valor de mirar su pasado sin miedo. Y mientras tanto, cada vez que llueve sin nubes, y el mar se pone espeso como aceite, se oye una canción en lengua africana que brota del pozo cerrado. Y quien la oye, pierde el corazón.